

## historia y arte: un libro de luis gonzález

Por Enrique Florescano

I

La mejor tradición entre los cultivadores de las ciencias humanas pedía combinar la investigación rigurosa con la buena literatura y el arte. Investigar orígenes, descifrar porqués y establecer cómo ocurrieron los hechos no estaba reñido con expresar el resultado de esas indagaciones con arte y hasta con pasión, si así lo requería el tema. Los primeros estudiosos que se aplicaron a conocer las cosas de los hombres, enfrentados a una materia que es vida y exige ciencia, supieron siempre que arte y ciencia podían hermanarse y por eso inventaron una disciplina que aspiraba a superar esa dualidad: *la historia*. Desde su nacimiento, la musa Clío inspiró las indagaciones sobre la verdad de los hechos y llamó en su auxilio a otras musas para que el historiador expresara mejor sus descubrimientos sobre el hombre, los dioses y el tiempo. De Herodoto a Michelet hay una línea continua que refleja la fuerza de esa tradición. Durante todo ese tiempo, a la vez que el historiador procura adquirir mayor rigor y nuevos instrumentos de análisis, no olvida que para transmitir sus conocimientos, "para que los hechos de los hombres se perpetúen en el tiempo", necesita del arte y la pasión simpática que los proyecten a través de todas las edades. De ahí que de Herodoto a Michelet ciencia y arte se correspondan.

Los últimos años del siglo XIX vieron surgir un movimiento que se opuso a esa vieja manera de escribir la historia. El positivismo triunfante pidió a las ciencias humanas que igualaran a las ciencias naturales para merecer el prestigioso título de ciencia. A partir de entonces la historia, la más penetrada por el arte entre las ciencias del hombre, se impuso el terrible castigo de la auto-castración. De acuerdo con los dogmas de la época, el arte, la pasión, la simpatía y el yo del historiador fueron excluidos de los libros. La erudición sustituyó a la imaginación creadora y el documento al historiador. Los libros de historia se convirtieron en almacenes de documentos arreglados con más o menos orden y continuidad cronológica. La historia adquirió entonces ese aire pedante que adoptan los que aspiran a ser algo sin llegar a serlo más que en apariencia. También fue entonces cuando perdió el encanto y la fascinación

que antes tenía y los niños comenzaron a odiarla por aburrida. Los espíritus más alertas e inquietos no vieron atractivo en ella y pronto fue el refugio de laboriosos eruditos sin imaginación. Pero había ganado el honroso título de ciencia...

En las primeras décadas del presente siglo hubo una reacción contra esa tendencia. Un grupo de historiadores franceses encabezados por Lucien Febvre y Marc Bloch predicó la vuelta a una historia *razonada*, conducida por hipótesis previas, abierta a la innovaciones y al intercambio con las demás ciencias y en la cual el rigor del método no riñera con la misión de revivir los hechos de los hombres según el sabor y el color que les es característico. Esta tendencia, prolongada en nuestros días en obras tan diversas como las de Fernand Braudel, Ernest Labrousse, Marcel Bataillon, Pierre Vilar, Claude Lévy-Strauss, Pierre Goubert, E. Le Roy Ladurie y tantos otros jóvenes historiadores, es la que hoy explora nuevos horizontes (historia económica cuantitativa, demografía histórica, historia de las mentalidades, estructuralismo, historia del subconciencia colectivo, etc.), sin olvidar las enseñanzas eternas del viejo Herodoto o del gran Michelet.

II

Nuestra historia, tan rica y llena de color en su realidad, ha pasado sin embargo a los libros con un aire de seriedad tan forzado que mueve a risa: acartonada, sin color ni sabor, como si los historiadores escribieran pensando siempre en las fiestas patrias o en el bronce de las estatuas. Con frecuencia se oculta lo que realmente pasó porque escribirlo introduciría una nota discordante en la idea oficial que se ha ido forjando de la historia nacional. Asombra recordar, por ejemplo, que no se ha escrito nada sobre la homosexualidad entre los pueblos prehispánicos, como tampoco sobre el imperialismo mesiánico y sanguinario de los aztecas. En relación a la época colonial hay que leer a los no historiadores, a Bernal, a Gómara, a Ajofrín o las novelas de Riva Palacio, para encontrar algo del sabor auténtico de esos años. Esa ausencia de vida en la obra de los historiadores profesionales es mucho más notoria a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Francisco del Paso y Troncoso, Justo Sierra y el mismo Riva Palacio fueron historiadores serios, acuciosos y contenidos que no se permitieron ni la sonrisa ni la pasión al tratar de la historia patria. Además de esas consideradas grandes virtudes en su época, tuvieron otra hoy difícil de encontrar entre sus colegas: escribieron correctamente y a veces hasta con elegancia.

Los historiadores de la revolución tienen fama de más pintorescos y pasionales, pero no como escritores, sino por la posición política que adoptaron ante ese movimiento. Para encontrar el sabor, el color y la pasión de la revolución hay que leer a los novelistas, o las memorias de los actores que participaron en



### Editorial Joaquín Mortiz

GABRIEL ZAID

*Campo nudista*  
(Las dos orillas)

\$ 20.00

HOMERO ARIDJIS

*Los espacios azules*  
(Las dos orillas)

\$ 25.00

JOSÉ EMILIO PACHECO

*No me preguntes cómo pasa el tiempo*  
(Las dos orillas)

\$ 25.00

JOSÉ AGUSTÍN

*Abolición de la propiedad*  
(Serie del volador)

\$ 12.00

En todas las librerías o en  
Avándaro, S. A., Ayuntamiento 162-B  
Tel. 5-13-17-14

ella, no la obra de los historiadores profesionales. Desde luego, hay las excepciones que confirman la regla.

Por último, es indudable que quien busca algo más que una aparente erudición en los libros de historia debe sentirse desilusionado al revisar la producción de los historiadores de 1940 a nuestros días. Del vasto número de obras publicadas en ese lapso apenas una docena alcanza la categoría de la gran historia, y de ellas muy pocas consiguen unir ciencia y arte y pasar al reino de los clásicos. El resto, un número aplastante, confunde la historia con hilvanar fichas en orden cronológico, con la argucia de tomar de allá y pegar aquí, con la apología desenfadada de héroes y "rincones patrios", con la propaganda disfrazada con fechas y acontecimientos, con la crónica hueca y plena de lugares comunes, o en el mejor de los casos con el relato pormenorizado de los datos recogidos en archivos. Y todo ello dicho a tropezones, en un español de infante que hace de la lectura una tortura inverosímil.

Todo lo anterior adquiere una dimensión casi trágica cuando recordamos que nunca como ahora el historiador había recibido tantos estímulos para realizar su obra. Academias, seminarios, institutos y escuelas de historia le proporcionan hoy lo que muy rara vez gozaron sus antecesores: pan y tiempo. ¿Por qué entonces ese panorama tan excesivamente gris de nuestra producción histórica? Todos convendrán, porque todos lo saben aun cuando nadie lo dice, que esa situación obedece, además de otras cosas, no a la falta de estímulos, sino a la manera como éstos se administran y otorgan.

La mejor manera de responder a quienes piensan que los historiadores viven encerrados en su torre de marfil, es mostrarles que ya no hay diferencia entre las estructuras políticas que gobiernan el universo administrativo del país y aquellas que rigen la vida académica. Basta revisar la nómina de las academias, la manera como se otorgan los escasos premios que estimulan el quehacer histórico, la política que decide sobre las investigaciones que deben hacerse, el mecanismo que promueve ascensos, designaciones y oportunidades, y se caerá en la cuenta de que así no se puede hacer historia, ni ciencia, ni nada que se parezca a eso. La burocracia, la politiquería y el caciquismo cultural sólo pueden propiciar un 80 por ciento de obras malas y mediocres, un 18 por ciento de obras regulares y un dos por ciento de obras excelentes, debidas éstas a uno que otro rebelde que hace historia y arte contra toda una corriente cuya máxima aspiración es lograr que todos se hundan en el paraíso de la mediocridad.

### III

Frente a un panorama tan poco alen-

tador, los degustadores de la historia-arte no pueden menos que recibir con alborozo un libro que reivindica entre nosotros los blasones de la gran historia. Me refiero al libro de Luis González: *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, recientemente publicado por el Colegio de México y ya próximo a agotarse

*Pueblo en vilo* es un libro en el que la historia y el arte, después de mucho tiempo de andar separados, vuelven a encontrarse. En él Luis González ha integrado con sabiduría el viejo oficio de historiador, la investigación rigurosa, el uso de las fuentes más diversas, la crónica y el análisis, la micro y la macrohistoria, con la literatura y el arte. *Pueblo en vilo* está hecho además con eso que les falta a la mayoría de nuestros libros de historia: con amor y con pasión; cada una de sus páginas destila la alegría de escribir sobre lo que el historiador más quiere. Otra de las grandes cualidades de *Pueblo en vilo* es estar iluminado por una prosa tan rica, expresiva y desusada en los libros de historia que, al principio, el lector se detiene a menudo para preguntarse si está leyendo un libro de historia o una novela. ¡Así de grande había llegado a ser el divorcio entre historia y arte!

Historia y literatura se han dado pues la mano para producir un libro ejemplar y rescatar la vida de ese pequeño pueblo olvidado del mundo: San José de Gracia. Un pueblo que en su pequeñez e insignificancia típicas retrata la vida de miles de pueblos que integran la nación mexicana

Sobre *Pueblo en vilo* han escrito poco, y no me extraña, los historiadores profesionales. He aquí, sin embargo, una

muestra del impacto que ha causado entre escritores y críticos ajenos al gremio. En una calurosa reseña publicada en el periódico *El Día*, Rosa María Phillips anota lo siguiente: "Luis González ha aprovechado todas las coyunturas novelescas que podía brindarle la historia de un trocito de mundo, y obtenido con ello una verdadera macrohistoria, pues entre los josefinos reconocemos no solamente al mexicano típico —según la idea que cada mexicano cree tener de lo nacional y de lo típico—, sino al provinciano universal. Poca falta hace ya que San José de Gracia figure en mapas y manuales: independientemente de su situación geográfica, económica y social; independientemente de los datos que el estudioso proporciona al narrador, San José de Gracia debe su veracidad a la ficción y ha pasado a ser una comunidad novelesca por su carácter esférico, inverosímilmente real... Es un modelo de historia viva."

Finalmente cito unos párrafos de la reseña, una de las mejores, que Ramón Xirau publicó en la revista *Diálogos*: "Como libro de historia es de primera. Lo es como obra literaria —nadie ha pensado seriamente que la historia y las letras estén reñidas—. Desde este punto de vista lo que destaca en el libro de Luis González es tanto su 'sabor' —sabor a tierra, a vida, al hilo de la vida— como su estilo a la vez dramático —es dramática la historia del pueblo— e irónico. Hay en la obra de Luis González un verdadero amor a su pueblo que le hace penetrar en él para que de él salga el testimonio histórico que es también un documento literario y una vivencia personal (la objetividad de la historia debe ser personal)... *Pueblo en vilo* es un libro ciertamente valioso para los historiadores y para los sociólogos. Un libro, también, que me gustaría recomendar especialmente a nuestros escritores y, sobre todo, a nuestros novelistas. Como Michelet en su 'macrohistoria', Luis González sabe en ésta su 'macrohistoria' dar testimonio de la vida revivificación del pasado de un pueblo que es 'puerta al campo' (dirían Machado y Paz), que es puerta abierta a la historia mexicana."

Luis González ha dado un gran campanazo para volver a esa historia que hoy tanto necesitamos, a una historia que combine la ciencia con el arte y llegue a esa masa enorme de lectores que desde hace años demanda una historia de la nación mexicana. Otra gran tarea de esta generación, emprendida por viejos y nuevos historiadores, se ha iniciado también: la tarea de desmistificar nuestra historia y escribir una nueva apoyada en cientos de miles de datos y en los nuevos procedimientos metodológicos que recientemente se han incorporado a las ciencias humanas. Ojalá que esas dos corrientes se fundan en una sola y nos den una historia sólida y bella.

